
3 1761 07802987 3





MEMORIAS DE UN SOMMIER

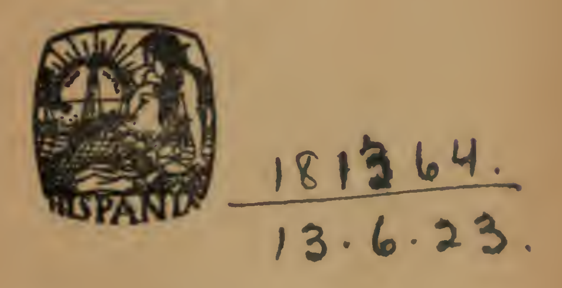
Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

JOAQUÍN BELDA

MEMORIAS
DE UN
SOMMIER

NOVELA

CUARTA EDICIÓN



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (6.ª edición).
¿Quién disparó? (3.ª edición).
Memorias de un suicida (3.ª edición).
¡Saldo de almas! (3.ª edición).
La Farándula (4.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio (2.ª edición).
La Coquito (7.ª edición).
Una mancha de sangre (3.ª edición)
Aquellos polvos... (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (4.ª edicion).
Carmina y su novio.
Las noches del Botánico (2.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (4.ª edición).
Las chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
El alumno interno.
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta. (2.ª edición).
El Compadrito.
Tobilleras.

EN COLABORACION

CON LUIS ANTÓN DEL OLMET

¡Usted es Ortiz! (Narraciones para el tren, la playa y la siesta.)

PRÓLOGO

Se ha hablado mucho acerca del alma de las cosas: Yo—y conmigo Sieman, Lebón y otros sabios—soy un convencido de que las cosas, los objetos que el vulgo llama inanimados, tienen un alma; es una compensación que la Naturaleza ofrece a cambio de los muchos hombres y mujeres que no la tienen.

Ya es viejo lo del alma de los animales y de las plantas. Un alcornoque es un ser dotado de cuerpo y alma, y que no se diferencia de uno de nosotros más que en que no habla y en que no puede ser candidato a concejal.

Si esto es así, ¿qué inconveniente

hay en admitir que, muerto el alcornoque, es decir, arrancado de la tierra, siga conservando su espíritu? Los árboles, como el pino, fresno, haya, eucalipto y otros, después de muertos se convierten en cómodas, sillas, armarios roperos y mesas de comedor; el pino de mi historia—un simpático y joven árbol que murió en la flor de su edad herido por un rayo—se convirtió en la armadura de un sommier. Y este sommier...

Un servidor llegó hace tres veranos a San Sebastián, en vísperas de una corrida de toros en que tomaba parte Joselito; era ya de noche, y la lucha por el hospedaje revestía caracteres de olimpiada. Después de recorrer diez y ocho hoteles, casas de huéspedes y fondas, encontré en un tercer piso de la calle de Vergara, un rincón del paraíso: una habitación interior, tan pequeña, que había que entrar en ella por en-

tregas, y sin más luz que la un poco difusa que proporcionaba una vela de esperma. El mobiliario de la estancia era como para obligar a la huelga a todas las fábricas de muebles: un sommier tendido en el suelo y cubierto a medias por una manta.

La dueña de la casa, una garrida moza de Tolosa, me dijo con voz de sirena:—Eso es todo lo que puedo ofrecerle: pero por lo menos dormirá fresco, porque los colchones de tela en este tiempo ¡dan tanto calor!

Y como las cosas raras hay que pagarlas, y aquella estancia era más divinamente rara que un traje de Pepito Zamora, me pidió por el hospedaje 25 pesetas diarias.

Me acosté sobre la armadura de alambre, compadeciendo a los pobrecitos que a aquella hora lo estuvieran haciendo sobre jergones de miraguano. ¡El calor que iban a pasar!

Cada vez que daba una vuelta en mi lecho, la tensión del alambre me hacía salir despedido hasta el techo; pero siempre volvía a caer en el mismo sitio.

Dormí y soñé: mi sueño de aquella noche de verano es lo que te relato a continuación, lector. Yo creo que fué el propio sommier el que, con la voz ultratelúrica de las almas, me hizo la narración de su vida; una vida en la que, como en todas, las risas van amalgamadas con las lágrimas.

Lee, llora y ríe, lector.

J. B.

MEMORIAS DE UN SOMMIER

Vine a la vida en una fábrica de jergones metálicos que había por aquel entonces en la calle de Valencia, a la izquierda, conforme se baja para la ronda.

A los tres días de vivir me encontré colocado en una tienda de muebles de la calle de los Estudios, donde, en realidad, no se estaba del todo mal. Por la mañana, a eso de las siete, me sacaban a la calle, y allí, de pie sobre la acera y apoyado a la pared, me tenían hasta que se cerraba la tienda, ya bien entrada la noche.

La calle es una de las más anima-

das del barrio, y así, mis compañeros de escaparate y yo teníamos poco tiempo para aburrirnos. Por la mañana presenciábamos la entrada de las modistas en los talleres y la de los estudiantes del Instituto de San Isidro y de la Escuela de Arquitectura, en sus clases respectivas: no son para referidas las escenas y los diálogos a que daba lugar la coincidencia de horas de estudiantes y obreras: era como una lucha entre dos juventudes retozonas, que, haciendo ambas grandes alardes de picardía, iban a ver cuál de ellas enseñaba y abría los ojos a la otra.

Al mediodía se repetía el desfile, que parecía el cuadro de telón corto de un sainete, y por la tarde, a la hora de coro, pasaban rozando sus

manteos con la humildad de nuestros barnices los señores canónigos y beneficiados, que acudían a echar su jornal en las *vísperas* de la vecina catedral del Santo labrador.— Más de una vez les oí *eructar* en mis propios alambres con las esplendideces de una radiante digestión.

Y por la noche, cercana ya la hora de nuestro retiro, tornaban a alborotar la calle con los gorjeos de su charla las simpáticas esclavas de la aguja Era para ellas la hora de la liberación, pero volvían cansadas, rendidas las espaldas por la postura de todo el día, y rendidas también las lenguas de una charla que a veces iba más de prisa que la costura. Ya no tenían ese aire fresco y colorado de por las mañanas, y a los peinados les faltaba el brillo y

ondulación artística que lucían en los albores del día.

En este desfile a la luz de los focos de los escaparates, todo era distinto para *Mimí Pinson,* porque el cortejo, en la mayor parte de los casos, tampoco era el mismo diurno: ya no eran estudiantes lampiños y con la inocencia avara de saber pintada en los ojos; eran chulos de los que se afeitaban dos veces a la semana, aprendices y cajistas de las imprentas del barrio de San Andrés, gente ya curtida en las lides del amor y del revuelco, que acudían a la carne fresca y gratuita llenos de probabilidades para el triunfo. A la paloma ahora, al salir del nido, ya no era el atontado palomino el que la esperaba: era la aventajada cría de gavilán, que casi siem-

pre—haciendo sangre—se quedaba con algo entre las uñas.

La dueña de la tienda de muebles en que yo había venido a caer era una vieja llamada Ramona, con todo el pelo blanco, y con esa limpieza reluciente de manzana pasada que tienen algunas ancianas del pueblo de Madrid. Ramona tenía una chica de veinte años, que no se llamaba más que Pepita, y que era más apetitosa que un queso de bola sin empezar. Era muy alta, con el pelo más negro que la endrina, y con gran abundancia de vello sedoso por boca, nuca y patillas, que hacía presagiar cómo estarían de pobladas otras estancias de su cuerpo gitano.

Un alumno del último de Arquitectura se lo dijo un día delante de

mis propias narices y mirándola al labio superior con descaro:

—¡Vamos, Pepita, que... cuando ahí nieva, qué será en la sierra!

Yo, al principio, no entendí bien el significado de la frase; pero no tardé en penetrar su sentido esotérico, pues de romo siempre he tenido poco. «Cuando ahí nieva...» ¡Claro! Pero no sería del color de la nieve precisamente lo que Pepita tendría en las montañas y vallecillos de su persona. Pero ¡bah!, toda licencia es permitida a los poetas y a los piropeadores, poetas también a su modo.

La hija de mi dueña era lo que en lenguaje técnico llamamos los castizos una mujer cachonda; una hembra de rompe y rasga que, a más de los citados, tenía el encanto de una

región pectoral verdaderamente praxitelesca. De ceño adusto siempre, se pasaba en la puerta de la tienda la mayor parte del día, recibiendo piropos y sin hacer caso a nadie, pero alargando la mano siempre que un estudiante de los del barrio le enseñaba una carta con disimulo. Guardaba todas las epístolas que le dirigían, con manía de coleccionista, pero no contestaba a ninguna; los galanes, aburridos ante el mutismo de la dama, acababan por desertar el campo.

Una noche, en punto de las ocho, Pepita estaba, como siempre, a la puerta de la tienda, excitando a los transeuntes con el brillo de sus ojos y con la exhibición de sus formas; hacía frío y la hija de mi dueña se defendía de él envolviendo el busto

en una toquilla de pelo de cabra, que de vez en cuando—casi siempre al pasar por junto a ella un mocito de buena planta—levantaba con los brazos por las puntas, para mejor lucir las calabazas de sus senos.

En la acera de enfrente montaba la guardia desde hacía más de una hora uno de los alumnos más talluditos de la Escuela; desde dos o tres días acá éste era el cortejo de la chica. Por lo visto, el muchacho había elegido la noche de hoy para lanzarse, porque, cruzando decidido la calle, vino hasta nosotros, se encaró con Pepita y la soltó a boca de jarro, pero en voz bajita, la siguiente jaculatoria:

—Mocita, tengo unas ganas bárbaras de que me diga usted que sí; hay que ver, con el frío que hace,

la nochecita que podríamos pasar usted y yo ahí encima de ese sommier.

Y me señalaba a mí con cierto cinismo.

Desde que oí aquello dejé de hacerme ilusiones acerca de mi porvenir en la tierra.

* * *

Porque era el caso que hasta entonces yo no sabía a punto fijo para qué había venido a este mundo.

Mis compañeros de acera eran casi siempre una cama de matrimonio desarmada y pegada, y una pila de madera y cinc: yo ocupaba el centro, y esto me daba una idea de mi propio valer que me enajenaba a veces con explosiones de orgullo.

De ellas era víctima casi siempre la cama, mi vecina de la derecha, con la que sostenía frecuentes discusiones acerca de cuál de los dos tenía más importancia en la vida de los pueblos.

Yo le decía a ella que sin mí ¿para qué servía? El infeliz que hubiera pretendido acostarse sobre sus tableros sin ponerme a mí encima de ellos, o desaparecería como por escotillón, o se levantaría a la mañana siguiente con las espaldas doloridas.

Y ella me replicaba que yo solo en el mundo, sin el sostén de sus patas y de su armadura, resultaba tan inútil como un bastón sin puño. Sinceramente creo que se equivocaba, pues yo, solito, sin más que ponerme sobre el suelo, podía servir de cuna a muy blandos sueños. Las

disputas terminaban siempre lo mismo: nos llenábamos de dicterios y de frases despectivas.

—¡Presumes más que un armario de luna!

—¡Eres más infeliz que un catre de tijera!

—¡Qué se va a esperar de un trasto que no es más que de pino!

Porque ella presumía ser de roble, aunque todos sabíamos que era hija natural de un alcornoque.

Una mañana, estando en plena discusión, paráronse ante nosotros dos mujeres con hábito de religiosas: la una, vieja, con ojos de ardilla; joven la otra, con inefable dulzura en la cara.

—¿Preguntamos aquí, madre?— dijo la joven.

—Bueno.

Yo notaba que, aunque la ojeada fué general, era para mí la preferencia de aquellos ojos. Esto me llenó de orgullo.

A un siseo de la monjita guapa, salió Pepita, que por casualidad no estaba a la puerta.

—¿Qué deseaban?

¡Claro que venían por mí!

Preguntaron precio. La muchacha, mientras volvía un cartón que me habían colgado el día de mi entrada en la tienda, dijo:

—Treinta y nueve pesetas!

¡Cuánto padeció mi amor propio con todo lo que vino después! La monja anciana, con un desprecio hacia mi que aún no se lo he perdonado, empezó a rebajar considerablemente mis méritos, diciendo que mi madera parecía de una calidad

muy inferior, que mis alambres estaban flojos—¡ella sí que estaba floja!—y que yo, ¡lo peor que se le puede decir a un mueble que se estime!, parecía usado.

Afortunadamente salió a mi defensa la madre de Pepita, que al oir desde el fondo de la tienda las perrerías que me estaban diciendo, acudió a contender con la otra vieja, armada de todas armas.

—¡Señora, por Dios, no diga usted eso! ¡Nuevecito y recién salido de la fábrica! Y luego, mire usted qué muelles.

Me separó del muro, me tendió en la acera y me puso un pie encima, apretando con fuerza. No es que aquello me hiciera mucha gracia; pero, puesto que se trataba de probar mi fortaleza, me estiré cuanto

pude y resistí sin conmoverme en el más pequeño de mis alambres. Y como si la prueba hubiera sido deleznable, Pepita, la apetitosísima Pepita, montó sobre mí con uno de sus pies, apoyándose en la pared, y alzando la otra pierna en el aire, dejó caer sobre mí todo su peso.

Era algo mayor que el de su madre, y yo, sintiéndome masoquista, miré para arriba por entre aquellas faldas y vi... a punto fijo no sé lo que vi; pero acaso un manchón obscuro que tropezaron mis ojos fuese una parte de aquella sierra a que el estudiante hizo relación hablando de las nieves que en ella podía haber. La muchacha se apeó pronto; si no, yo liquido de gusto.

Tuvo el cinismo la vieja de los hábitos de ofrecer por mí diez y

ocho pesetas. Mi ama supo contestar como se merecía aquel atrevimiento.

—¡Señora, por Dios! ¿Usted cree que lo hemos robado?... Si quiere llevarlo ya sabe que le cuesta siete duros: le rebajo cuatro pesetas. Creo que va usted bien.

Hora y cuarto después de comenzado el regateo, quedó convenido que las monjas me compraban en treinta pesetas. Dieron un durito de señal y dijeron que a la tarde vendría a recogerme un carro del Colegio de las Niñas de Santa Inés.

Iba a salir de allí, iba a ver Madrid, o por lo menos una parte de él, y me iban a pasear en carruaje, como a las familias de los ministros. Además, si antes, gracias a la alusión del estudiante, comprendía el

fin para que había venido yo a este mundo, ahora, gracias al precio de mi venta, me daba cuenta exacta de mi propio valer: cuando mi ama, después de mucho regateo, se había desprendido de mí a cambio de seis duros, es que yo, de un modo indudable, debía valer diez o doce pesetas. Poco a poco iba dibujándose ante mí mismo mi propia personalidad.

Abandonaba la tienda de la calle de los Estudios no sin cierta pena; se estaba bien allí, y la vida, dentro de su monotonía de horas iguales, tenía sus alicientes. Además, separarme de Pepita no me hacía mucha gracia; allá, en el fondo de mi espíritu, yo había acariciado más de una vez la ilusión de que llegase una noche, en pleno verano, en que la muchacha, para dormir más fres-

ca, se acostase sobre mí completamente desnuda y sin poner entre sus carnes y mis alambres más que el velo incitativo de unas sábanas. ¡Por una noche así hubiera yo dado media vida!

Pero el Destino no quiso; llegó el carro del convento, y dos hombres, después de envolverme en unos sacos viejos, me cargaron en él. Echó a andar el vehículo, y lancé una mirada al local que había presenciado mis primeros pasos por el mundo. La ingrata Pepita ni siquiera salió a despedirme a la puerta; se veía que estaba acostumbrada a aquella clase de despedidas.

* * *

El Colegio de las Niñas de Santa Inés estaba situado en las afueras de

Madrid, por la parte de Chamartín de la Rosa y al Norte de este pueblo. Me descargaron junto a una puerta de hierro, y después de cruzar un bonito jardín me subieron a un desván, en el que me tuvieron encerrado tres días; hasta mi encierro llegaban de cuando en cuando unas risas y unos gritos infantiles que me alegraban grandemente.

¿Qué me esperaba en aquella casa? Porque yo no podía admitir que las buenas monjas me hubiesen comprado para tenerme allí encerrado toda la vida. En efecto, a los tres días, dos hermanas, vestidas con traje de faena, y en una de las cuales reconocí a la que había acompañado a la vieja el día de mi compra, me tomaron por la cabeza y por los pies y me hicieron recorrer varias

estancias y pasillos hasta dar en un gran salón en el que había lo menos veinte o treinta camas.

Yo miré aquellos lechos con cierto desprecio, pues los sommiers que se adivinaban por debajo de las ropas eran más pequeños que yo. Al fondo, y junto a una puerta que estaba cerrada, había una cama mayor que las demás; estaba sin ropas, y al punto adiviné que era allí donde iban a instalarme. En efecto; después de sacudirme el polvo con unos zorros, me alzaron con gran cuidado y me pusieron en mi sitio; iba a estar holgado, pues el lecho era más ancho que un servidor.

Un colchón de lanas y las demás ropas usuales tuve que aguantar sobre mis costillas; al fin me dejaron quieto, y el salón quedó vacío.

Yo no sé el tiempo que pasé en aquella tranquila soledad; sí recuerdo que cuando ya al día quedábale poca luz se abrió sigilosamente una de las puertas del dormitorio y penetraron en él dos muchachitas como de catorce años, que debían ser colegialas, a juzgar por el uniforme, una larga blusa azul, con cuello y puños blancos, que daba a su rostro expresión aún más candorosa.

Rubia una, castaña la otra, eran muy bonitas, y venían cansadas y jadeantes, como de haber estado jugando largo rato a algún juego violento. Llegaron enlazadas por el talle y se dirigieron a una de las camitas más cercanas a la mía, sentándose en ella de un brinco. Diéronse unos besitos llenos de ternura,

y empezaron a hablar de unas cosas tan extrañas, que bien pronto llamaron mi atención.

—Oye, ¿tú crees que nos habrá visto Sor Josefina?—preguntó la morena, que parecía la menos decidida.

—No, tontina; estaba muy distraída con Amparito.

—¡Qué mala eres!... ¿Es ahora Amparito la que...?

—¿No lo sabías...? ¡Pues sí que se tapan mucho de la gente! Los premios por buena conducta son siempre para ella; en el comedor ya has visto que nos ha mudado a todas de sitio por ponerse a Amparito a su lado, y por las noches aquí ya ves lo que pasa: con pretexto de que tiene *la preferida* que ir a la enfermería, se encierra con ella en su celda y no quieras saber.

—¡Qué atrocidad!

—Rosita la vió salir la otra noche, a las once, del cuarto de Sor Josefina, una vez que se levantó para ir a mayores.

—Pero... ¿y Juanita?

—Pues se aguanta... Sor Josefina, que es muy caprichosa, se ha cansado ya de ella; como se cansará de ésta en seguida.

—¡Hay que ver!

—Bueno, pero vamos a lo que quería decirte: te he traído aquí porque ya sabes que si nos ven hablar juntas en el recreo nos castigan.

—¡Ya, ya!... Parece que la tienen tomada con nosotras.

—¿Te has fijado en la chica nueva que ha entrado hoy?

—Sí.

—Y ¿qué te parece?

—Que es muy mona.

—¿Muy mona?...—La rubia soltó una carcajada que hizo retemblar a mi compañero de su cama.—¿Con que es muy mona?

—¿De qué te ríes?

—De nada. Yo te voy a decir lo que me ha dicho hace un momento, cuando bajábamos al recreo, Hipólito, el demandadero; puede que sea mentira, pero yo te lo voy a contar tal y como él me lo ha contado.

—¿Qué te ha dicho?

—Tú sabes que desde hace días la madre Teresa no hacía más que hablar de una colegiala nueva que iba a venir, hija de un general, y que, a juzgar por lo que de ella cuenta el padre capellán, que conoce a la familia, es una verdadera santa.

—Sí, sí...

—Bueno, pues esa chica se ha presentado hoy en la portería con una carta de su papá dirigida a la superiora, en la que le dice que perdone no acompañe a su hija en el momento de su ingreso en el colegio; pero que hoy está ocupadísimo, y no queriendo retrasar más la cosa, la manda sola, con aquella carta, para que le sirva de presentación.

—Y ¿esa chica es la nueva por quien me has preguntado?

—¡Claro!

—Bueno, ¿y qué tiene la cosa de particular?

—Es que Hipólito nos ha dicho a mí y a Inesita que esa chica no es la hija del general..., sino que es... ¡agárrate! un chico que se ha disfrazado para poder entrar en el con-

vento y gastarles un bromazo a las madres.

—Y ¿cómo lo sabe él?

—Dice que cuando la chica quedó sola en la sala de visitas, mientras la hermana tornera subía a avisar a la madre Teresa, le pidió que la indicase dónde podia hacer aguas menores. Hipólito la llevó a los lugares del patio de visitas, y como ya sabes lo que es, mientras ella hacía lo suyo, él se puso a mirar por un agujerito que tiene hecho en la puerta y... se descubrió el pastel.

Ahora fueron las dos las que se echaron a reir de un modo desenfrenado. La cosa no era para menos; yo mismo, a pesar de mi seriedad habitual, no pude menos de iniciar una sonrisa con toda mi armadura de alambre.

—Yo tengo un proyecto.

—¿Cuál?

—Salir de dudas. Y va a ser esta misma noche.

—No sé cómo.

—Muy sencillo: a la nueva alumna, o alumno, o lo que sea, le han destinado aquella cama del rincón. Cuando todas se hayan dormido, yo me levanto muy despacito, me voy a su cama y...

—¡Claro! Y te coge Sor Josefina, que apenas pega un ojo en toda la noche, y para qué quieres más.

—No sé por qué ha de cogerme. La interesada, por la cuenta que le tiene, se callará, y ya sabes que el dormitorio queda casi a obscuras.

—Es verdad; pues cuenta conmigo.

Yo me reía las tripas de pensar

lo divertida que iba a ser la primera noche de mi estancia en el colegio: y si aquella mujer resultaba un hombre, la diversión iba a ser mucho mayor aún.

Y eso que yo aún no lo sabía todo.

Las dos muchachas, para que no las echaran de menos, volvieron presurosas al recreo.

De nuevo me quedé solo, aunque por poco tiempo, porque seguramente no habrían transcurrido diez minutos, cuando se abrió la otra puerta del dormitorio—tenía una a cada extremo— y penetraron por ella una monja ya jamonota y una chica morena, de ojos negros y encendidos, que tenía en la cara esa malicia de algunas tobilleras que, sin saber nada a punto fijo, parece

que lo adivinan todo. Debía ser la nueva alumna, porque la monja le habló así:

—Aquí tiene usted, hija mía, su lecho—y le enseñó el que las chicas habían indicado antes—; si algo le ocurre durante la noche, no tiene más que llamar a la hermana Josefina, que duerme allí, en aquella cama—. Y señaló a la mía.

—Muy bien, madre Teresa.

La chica tenía un desarrollo de pechos y caderas impropio de su edad. La madre Teresa, que aún conservaba en los ojos cierta lascivia en los últimos ardores, parece que se había dado cuenta de ello, porque empezó a acariciar aquellas curvas con mil pretextos especiosos.

—Tendrá usted que quitarse este traje y ponerse el uniforme... Mire,

ahí lo tiene sobre la cama; desnúdese aquí mismo y yo la ayudaré. Conmigo debe usted tener siempre absoluta confianza; como una hija con su madre.

Su voz se había vuelto más melosa; no era la superiora que hablaba a la alumna, sino la hembra que trata de camelar a la paloma inocente, y que por un resto de pudor no se atreve a plantear el asunto con toda claridad.

Ayudada por la madre Teresa, la muchacha se soltó la falda y la dejó caer hasta los pies: llevaba unos pantalones muy ceñidos, por cuya abertura se veía la camisa; las piernas eran llenas y firmes, tal y como se adivinaban bajo el vestido. Despojada de la blusa, dejó al aire todos los brazos y casi todo el pecho,

pues el escote de la camisa caía muy bajo, y las divinas magnolias de los senos podían admirarse casi en su totalidad.

¿Y era éste, según Hipólito, el varón disfrazado de doncella?... Por muy perfecto que fuera el disfraz, no era posible llegar a tan completa simulación; indudablemente, el buen demandadero había sido una víctima de su buen deseo, pues conocidas eran por todo el mundo sus aficiones... atrasadas.

—¿Qué perfume usas?—preguntó la religiosa metiendo las narices en el pecho de la muchacha.

Y ésta, alzando la cabeza y poniendo los ojos en blanco, contestó:

—*Quelques fleurs*.

—Aquí tendrá usted que dejar de usarlo. Ya sabe que a las alumnas

les está prohibido otro aseo que no sea el del agua y el jabón. Además..., que a una muchacha tan bonita como usted no le hacen falta los perfumes para nada.

La seducción avanzaba a pasos agigantados; la madre Teresa decidió acabar de una vez, y de pronto, sin hablar palabra, plantó un beso sonoro en la mejilla de la joven. Esta se puso muy colorada, y no supo qué decir.

La madre quiso remachar el clavo:

—Vámonos de aquí, hija mía, porque ya deben estar las compañeras subiendo al estudio. Como nosotras tenemos que hablar y he de darle mis instrucciones acerca de la vida de nuestro colegio, lo mejor será que esta noche, cuando usted vea que las demás se han quedado dor-

midas, se levante con cuidado y venga a mi cuarto. Allí la esperaré, pero no es preciso que nadie se entere.

Y salieron enlazadas por el talle.

Yo pensaba en el papelito que había estado haciendo la madre superiora si aquella muchacha resultaba, en efecto, un muchacho. Y si era en realidad una niña, no es que el papel fuera muy airoso, pero, ¡menos mal! De todos modos, hombre o mujer, lo cierto era que la noche que se preparaba iba a resultar divertidísima. Si todas eran iguales, el aburrimiento no constituia una enfermedad endémica en el Colegio de Niñas de Santa Inés.

* * *

Esperé la noche con verdadera impaciencia. A las nueve menos minutos se encendieron solas—al menos así me lo pareció a mí—las cuatro bombillas eléctricas que iluminaban el dormitorio: a las nueve y minutos comenzaron a oirse unos pasos un poco arrastrados, como de treinta o cuarenta personas, que fueron acercándose poco a poco hasta sonar en la misma puerta. Abrióse ésta y penetraron en dos filas, con los brazos cruzados, las alumnas que dormían en aquel dormitorio. En medio de ellas iba Sor Josefina, que se detuvo en el centro de la estancia hasta que cada chica estuvo colocada a los pies de su cama respectiva.

La mayoría eran guapas, o al menos a mí me lo parecían; en ellas se

daban todos los tipos diversos que reviste la tobillera, desde la desafiadora y procaz, verdadera miniatura de mujer y mucho más temible que ella, hasta la enclenque y raquítica, que sólo se diferencia de una quisquilla anémica en la falta absoluta de sal. El conjunto era de una apetitosidad que empavonaba.

Yo me había hecho la ilusión de verlas desnudarse a todas allí mismo, ante mis propias narices: me prometía un verde que me iba a volver a mis buenos tiempos de pino joven. Pero Sor Josefina dió las buenas noches, contestaron todas con cierto sonsonete y fueron desfilando por delante de la hermana para besarle la correa; marchaba en seguida cada una a su cama, y lo

primero que hacía era correr unas cortinas blancas que había a ambos lados de la cabecera y que, llegando hasta los pies, cubría por completo el lecho de miradas ajenas y codiciosas.

¡Mi gozo en un pozo! Tuve que contentarme, ya apagada la luz y pasado un corto ratito, con oir el susurro de algo así como unos pequeños surtidores que cayesen en un tazón de porcelana: era que las chicas desalquilaban la vejiga. El rüidito sonaba ahora aquí, luego más lejos, después un poquito más allá, como en un nocturno de los jardines de La Granja, en que se hubiesen dejado correr las fuentes. Y yo estaba tan excitado, tan soliviantado por todo lo que venía viendo y oyendo desde aquella tarde,

que aun aquel leve ruido me ponía giocondo, llevando mi pensamiento, por natural asociación de ideas, a parajes pecaminosos.

Llegaba el momento solemne para mí: por primera vez en mi vida iba a acostarse encima de mí una persona. ¿Comprendéis lo importante de la cosa? Hasta entonces yo había sido un objeto que no había llenado su misión en la tierra: como un caballo al que nunca se ha montado, como una espada que jamás ha servido para matar a nadie; yo era un ser inútil y sólo de una hipotética utilidad en el porvenir.

Esto se iba a acabar: estaba en el mismo estado de ánimo que una doncella que va a dejar de serlo. Y era Sor Josefina, la hermana pálida y angulosa, pero de profundas ojeras

azules, la que iba a deshacer mi virginidad.

Cuando la buena religiosa comprendió que todas aquellas ovejitas confiadas a su cuidado estaban muy quietas y calladas en sus camas, dióse un paseo lento por el dormitorio de punta a punta, y tornó a su lecho. A los pies de éste, es decir, a los míos, había un reclinatorio adosado a la pared, con un crucifijo de madera y marfil sobre su tablero; más arriba, colgado al muro se veía un cuadro representativo de Santa Isabel, reina de Hungría, patrona de aquella sala. Ante la santa y la imagen del Crucificado ardía toda la noche una lamparilla, único gusano de luz en el bosque de tinieblas que era el dormitorio.

Yo creí que Sor Josefina iba a

arrodillarse en el reclinatorio a ofrecer sus preces a la divinidad antes de dejarse caer sobre mis costillas; yo, en su caso, así lo hubiera hecho.

Pero me equivoqué: tenía, por lo visto, prisa en acostarse, y procedió a despojarse de las ropas. Una cosa me molestó en ella: lo plebeyo y avillanado de sus prendas interiores. Porque ocurrió que, apenas se quitó las tocas y el hábito, que dejó cuidadosamente doblados en la silla que a mi lado había, apareció adornada con unos burdos calzoncillos de bayeta amarilla, y con una a modo de camisa de hombre a cuadros negros y ceniza, muy baja de cuello, como la de un condenado a la guillotina. Vista así, y con unas medias blancas de alpinista, la buena hermana

parecía el anuncio de unos trajes del doctor Rasurel; pero de un Rasurel venido a menos o falsificado.

Y cuando estuvo así, sin duda para demostrar lo temerario de mi juicio anterior, se arrodilló piamente en el reclinatorio, y se trasladó con la mente al cielo. Eso demostraba que Sor Josefina carecía de la menor noción de estética; una monja, con sus hábitos, arrodillada ante un crucifijo, será siempre una cosa digna de un cuadro; pero la misma actitud en aquellas ropas no será nunca más que una viñeta para *El Motín* o *Las Dominicales*...

Terminadas sus preces, se acostó. Yo quedé encantado; la impresión que había recibido al acoger sobre mi el cuerpo de la hermana era casi

agradable; mis alambres, al peso del cuerpo, se distendieron, como los nervios cansados de una postura encogida se esparcen en un desperezo voluptuoso. Si no era más que aquello, mi oficio en el mundo era de los más soportables.

Al poco rato la hermana roncaba con la paz de una conciencia limpia; yo, favorecido por el silencio y la obscuridad, fuí también poco a poco quedándome dormido.

* * *

Me desveló un ruido extraño que venía de mi izquierda hacia la cama de la muchacha rubia que había entrado por la tarde en el dormitorio acompañada de su amiga; fué ese rumor, o mejor esos rumores, que

produce siempre una persona al levantarse del lecho, por mucho cuidado que ponga en la operación: primero, el sommier que da un suspiro de satisfacción al verse libre del peso, por leve que éste fuera; luego, el frufruar de las ropas al plegarse; después, los primeros pasitos del que se levanta, entre los cuales rara vez deja de haber un tropezón.

Yo recordé la conversación de la rubia y su amiga; indudablemente, aquélla, juzgando llegada la hora, iba a la cama de la nueva alumna a descifrar el enigma que ésta tenía en cierto pasadizo de su cuerpo.

Y aún no había yo acabado de formular mi pensamiento, cuando noté con asombro y, ¿por qué no decirlo?, con terror, que la puerta del dormitorio que caía a mis pies se

abría por una de sus hojas y daba paso ¡a un hombre!

Pero ¿era aquello un hombre, en realidad? Difícil era afirmarlo: con una camisa de faldones muy largos que acariciaban sus rodillas, y las piernas completamente al aire, *aquello* tenía más figura femenina que, por ejemplo, la hermana Josefina en calzoncillos rezando en el reclinatorio poco antes. Pero sí, era un hombre; lo vi claro cuando la lamparilla que chisporroteaba a los pies de Cristo iluminó débilmente el rostro de Hipólito, el demandadero.

Porque debía ser él, no me cabía duda, ya que en el convento no había más hombre—*¡passez le mot!*—que aquella caricatura de varón.

Pero ¿qué buscaba el pollo a tal hora, en tal sitio, y con indumenta-

ria tal, que sólo parecía apropiada para huir de un fuego o para visitar ciertos lugares en noche de borrasca intestinal? Lo que buscaba debía estar al otro extremo del dormitorio, porque fué atravesando éste a grandes zancadas, hasta llegar casi a su final.

Un par de ellas le separaban de la cama de la nueva alumna, cuando ocurrió algo inesperado que vino a complicar la situación. Por lo visto el demonio dormía en el colegio aquella noche, y todo lo enredaba a su sabor, porque ocurrió que las cortinas del lecho de la alumna recién llegada a la casa se abrieron también por uno de sus costados, y salió ésta con la camisita de dormir recogida hasta las nalgas y andando de puntillas con sus pies blancos y

diminutos como terroncitos de azúcar.

Entretanto, la rubia estaba casi detrás de Hipólito, pues éste, andando a grandes pasos, la había adelantado en su marcha a través de las tinieblas. Pero, por lo visto, aún no había bastante, pues cuando el diablo se propone enredar una cosa, convierte un cable de alta tensión en un ovillo; de pronto abrióse la puerta del dormitorio, que hasta entonces había permanecido cerrada, y penetró por ella una sombra grande y corpulenta, en la que, forzando un poco la vista, pude reconocer a la madre Teresa.

El choque era inevitable e inmediato; por lo menos había todos los elementos suficientes para que el choque se produjera; porque tres

de aquellas personas se dirigían indudablemente, en medio de las sombras, al mismo sitio: a la cama de la nueva colegiala. Esta era la única que buscaba la puerta de salida, contribuyendo así a acelerar la explosión.

Y surgió al fin; rasgando el silencio resonó un alarido, que debió salir de la garganta de Hipólito.

—¡Ay, mi madre!

Y, casi simultáneas, se oyeron cuatro o cinco frases de angustia:

—¡Socorro!

—¡Ladrones!

—Aquí ha entrado gente.

—¡Madre!...

—¡Hermana!...

En un instante sobrevino la apoteosis; las chicas se arrojaron de sus lechos, para meterse debajo la

mayor parte de ellas; de cuando en cuando, y en medio de carreras desenfrenadas, se oía un orinal que rodaba por el suelo, una mesa de noche que venía a tierra, los hierros de una cortina que se derrumbaban... Era la bacanal, y entre su estrépito noté que Sor Josefina, cesando al fin en sus ronquidos, se echaba también a tierra.

—¡Un hombre! ¡Es un hombre! Tenía razón Hipólito.

Dominando a todas las voces, se oyeron esas palabras, proferidas por la rubia; y, como haciéndoles el contrapunto, el pobre Hipólito se quejaba con angustias de muerte:

—¡Soltadme! ¡Soltadme! ¡Que soy inocente! ¡Que me la destrozáis!

¿A qué se refería? Indudablemente a alguna pierna que en el tumulto

le habian cogido en una mala postura y se la estaban haciendo polvo.

Una mano providencial dió en el pasillo una vuelta al interruptor de la luz del dormitorio, y éste quedó iluminado como para un baile. El espectáculo que se ofreció a la vista de todos era como para que lo hubiera dibujado Wauclan, el pintor de las multitudes alborotadas.

Tímidamente sacaban la cabeza por debajo de las camas la mayoría de las chicas; aquí y allá, tumbadas en el suelo, se veian parejitas muy juntas y abrazadas, como defendiéndose así contra el peligro común. La madre Teresa, en camisa, pero en una camisa algo más voluptuosa que la de Sor Josefina, había tenido la suerte de pescar a la alumna nueva, y la tenia jadeante entre

sus brazos, apretándola los pechos con ambas manazas.

La rubia, desnuda del todo, pues en la refriega había perdido la camisa, estaba sola en el centro de la estancia, como buscando algo que se le había escapado de entre las manos, y exhibiendo el más delicioso cuerpo de jovencita que hayan contemplado ojos glotones. Todo ello era rubio, el pelo, el vello y la piel; los senos eran unas tímidas iniciaciones rosadas en las que, como el capullo del geranio, estaba en germen toda una vida de delicias.

¿Dónde estaba Hipólito? ¿Qué había sido de Hipólito?... La madre Teresa quiso poner en claro todo aquello: mandó lo primero que se cerrasen bien ambas puertas del

dormitorio, y encargó a Sor Josefina y a una de las alumnas más formales que se instalasen en cada una de ellas, cuidando mucho de que nadie entrase ni saliese. Se encaró con la rubia, y después de haber hecho que tapase sus vergüenzas con una de las sábanas de la cama, le preguntó:

—Vamos a ver, señorita, ¿dónde iba usted a estas horas?

—Pues... no lo sé. Debe ser algo de sonambulismo, pues muchas noches me ocurre levantarme de la cama sin darme cuenta de lo que hago, y luego me vuelvo a ella yo solita. Sino que esta noche tropecé con un cuerpo ahí en medio y, ¡cuál no sería mi asombro, madre superiora, al ver que ese cuerpo era el de un hombre!

—¿Y cómo lo sabe usted?

La pregunta era peliaguda y digna del más experto de los fiscales; bien es verdad que la interrogada no era de las que se ahogan en una palangana.

—Pues... porque a tientas, por el tacto, me convencí...

—¿De qué, hija mía?—dijo, bañada en terrores, la buena madre.

—De nada: que le eché mano a la cabeza y vi que tenía el pelo cortado. Y como todas nosotras lo tenemos largo...

Durante el diálogo anterior la alumna nueva se había soltado de los brazos de la madre Teresa y había atravesado la saia, yendo a caer de rodillas en el reclinatorio que había a mis pies; como a ella no le cabía duda de que allí había entra-

do el demonio, acudía llena de terror a implorar la gracia del cielo para que las librase a todas de los embates del mal enemigo.

El reclinatorio, durante la batalla, había sido separado un poco de la pared sobre la que de ordinario se apoyaba: entre uno y otra quedaba el espacio suficiente para que, un poco encogida, hubiera podido refugiarse alli una persona. Y, en efecto, no encogido, sino hecho tres dobleces, estaba allí Hipólito, sin saber cómo iba a salir del paso si por fin daban con su escondrijo.

Él había subido hasta allí, desde su habitación de la portería, sin más objeto que el noble y honesto de salir de dudas y ver si lo que había entrado aquel día en el colegio en clase de nueva alumna era realmen-

te tal cosa o un tío de carne y hueso. Para ello había atravesado el claustro bajo, había hecho callar, gracias a un pedazo de pan y a unas caricias, al perro que había en la garita del jardín, y por la cocina y la escalera del comedor había subido hasta aquel piso.

Sólo que, al llegar a él, había equivocado el pasillo gracias a la profunda obscuridad que en ellos reinaba, y había entrado en el dormitorio por la puerta más lejana a la cama de la chica. Si no es por la lamparilla del reclinatorio, que le advirtió a tiempo de su error, la pregunta, en vez de hacérsela a la muchacha, se la hace a Sor Josefina.

Y ahora se veía fracasado y cogido, pues la salida de aquel callejón la veía él mucho más difícil que la

de un tranvía en la Puerta del Sol cuando hay alcalde nuevo.

Siempre había creído él en la Divina Providencia, y ahora más que nunca; ella o él, o lo que fuese, en persona, venía a arrodillarse en el reclinatorio, es decir, a dos dedos de sus narices; como el mueble religioso tenía una abertura grande entre el sitio de las rodillas y de los brazos, y ante esa abertura ¡de magia! vendría a parar aquella parte del cuerpo de la colegiala que él quería escudriñar, pues... ¡por vida de los inconvenientes!

Y asi fué: la chica, sin más velo sobre su cuerpo que el muy tenue de la camisa, se postró de hinojos ante Dios; e Hipólito, sin más que avanzar un poco la cara, pudo mirar al trasluz de la tela.

¡Nada! Por lo visto él había soñado al creer ver aquella tarde por el agujero del retrete lo que no pudo verse ni con lupa. Era mujer y muy mujer: si alguna duda le quedaba, un tufillo que acarició su pituitaria acabó de desvanecérsela; allá en su pueblo, en la playa, él había sentido muchas veces ese olor cuando volvían las lanchas de cargar mariscos.

La madre Teresa dió una orden terminante:

—Hay que registrar bien todo el dormitorio. A ver: debajo de las camas, en los huecos de las ventanas, hasta dentro de las mesas de noche. La señorita Emilia dice que aquí ha entrado un hombre, y ese hombre tiene que aparecer.

—A menos que se trate del Demonio—dijo Sor Josefina, mientras to-

das se santiguaban—, y en ese caso puede haber huído por cualquier rendija.

—Pues eso es lo que vamos a ver: y si el maligno nos ha visitado esta noche, llamaremos al padre capellán y haremos que nos exorcie.

Y pusieron todas manos a la obra: la propia madre Teresa, empuñando la barra de hierro de una de las cortinas que había venido al suelo, la metía por debajo de las camas, y miraba después allí hasta convencerse de que no había más que unas cuantas telarañas y una regular cosecha de pelusa. La rodeaban todas las chicas, medrosas, encogidas, esperando ver asomar de un momento a otro debajo de una colcha el rabo peludo y los cuernos

ennegrecidos de algún diablejo precoz.

La única que no lo esperaba, y estaba por ello muy tranquila, era la rubita. Sabía a qué atenerse: ¡vaya si era un hombre! Hay cosas que no engañan, y el varón no era otro que aquel bigardo disfrazado de colegiala, que ahora, huyendo de ser descubierto, se había puesto a rezar en el reclinatorio como un hipócrita.

Ella pensaba dejar que siguiera el registro, y cuando llegasen al final, decir a la madre Teresa, señalando a la camisa del disfrazado:

—A ver, madre, registre usted ahí, que puede que en ese sitio se haya refugiado Satanás.

El lance iba a ser de película.

El registro, hasta ahora infructuoso, tocaba a su fin.

Ya no quedaba más cama por registrar que la de Sor Josefina, es decir, la mía, cuando Hipólito, que había echado rápidamente sus cuentas, comprendió que más le convenía rendirse que ser cogido con las armas en la mano. Salió de su escondrijo, y vino a caer de rodillas a los pies de la superiora, diciendo sumiso:

—¡Perdón, madre! Soy más inocente que una codorniz.

Un ¡ay! de terror, y una huída de todas hacia el último rincón de la estancia, fué la primera consecuencia de su salida. Hasta que le reconocieron, lo que menos se figuraba la más optimista es que aquél era el diablo en persona, que se había puesto una camisa sucia para despistar.

—Pero... ¿eres tú?—dijo, rugiendo con ira, pero ya sin susto, la madre Teresa.

—Claro que soy yo; ¿pues quién quería usted que fuera?

—Pero... ¿a qué has venido aquí?

—Pues yo... verá usted... que la... Nada, que sentí ruido y, creyendo que en el colegio había entrado gente, acudí para evitar que a las chicas les hicieran nada malo.

La rubia vió el cielo abierto.

—¿Ve usted, madre, cómo yo tenía razón? ¿Cómo era verdad que aquí había entrado un hombre?

—¡Ah!, ¿pero a *esto* le llama usted un hombre, hija mía?

El aludido, a pesar de su humildad, se creyó en el caso de protestar:

—¡Ay, madre, por Dios! Tengo lo mío, tengo lo mío...

—¡Silencio!

La superiora comprendió que aquella situación no podía prolongarse: ella no se atrevía a chillar mucho, porque se conocía como la más culpable de todas; viendo que la alumna nueva se retrasaba en acudir a su cuarto, según lo convenido, subió ella misma en su busca: una impaciencia de minutos la perdió, porque cuando llegaba al dormitorio, ya la chica salía a cumplir lo prometido.

Tenía, sin embargo, que mantener el principio de su autoridad.

—A ver: cada una a su sitio. Usted, señorita—dijo a la rubia—, tenga mucho cuidado con los sonam-

bulismos, que pueden resultarle muy caros.

—Madre, yo...

—¡Silencio!... Y tú, Hipólito, de aquí en adelante, oigas lo que oigas, y aunque notes que el edificio se viene abajo, no has de moverte de tu cama... Usted—ahora hablaba con la alumna nueva— venga conmigo, que he de hacerle muy serias advertencias.

¡Que es lo que ella quería, y para algo era la superiora!

Cuando, dos horas después, volvió la chica al dormitorio, venía con el cuerpo tronchado, y mustia como una azucena que, durante largo rato, ha estado tirada en un estercolero.

* * *

De mi vida en el colegio después de la noche famosa, nada de interés puedo contar. Los días y las veladas se sucedían en una monotonía desesperante, sin el menor altibajo que distrajese mi aburrimiento.

Llegó el final del curso, y las chicas, muy alegres y retozonas, se marcharon a sus casas. El dormitorio quedó desierto, no sólo durante el día, como lo estaba de ordinario, sino en las horas lentas de la noche.

Mi aburrimiento trocóse en desesperación; ya no podia oir—¡y era esto lo que mi espíritu echaba más de menos!—la caída de aquellos surtidores úricos en los tazones de porcelana, como en un nocturno de La Granja en que se hubiesen dejado correr las fuentes. Ello me producía

una especial nostalgia poblada de recuerdos—como todas las nostalgias—. ¿Dónde estarían ahora aquellas mis pequeñas amigas, y en qué remotos parajes harían sonar sus diminutos surtidores?

Ya, hasta Sor Josefina había prescindido de mí y no venía a acostarse sobre mis costillas por las noches. Libre yo, como mis compañeros de las otras camas, de los colchones y de las ropas, estábamos allí al aire libre, más frescos, eso sí, pero ¡tan solos!...

¿Habéis visto los cañones viejos de un parque, que ya nunca han de disparar, ni han de aspirar el perfume voluptuoso de la pólvora de las batallas? Tal era nuestra situación, formados en dos filas, como viejos inválidos.

Una mañana entró en el dormitorio una visita extraña: la madre Teresa y la monja vieja que a mí me habia comprado en la calle de los Estudios acompañaban a dos hombres, uno de ellos muy bien vestido y alhajado, con ese lujo chillón del hombre de pueblo enriquecido de pronto, y con el sombrero encasquetado hasta las orejas, como si formara parte de su propia personalidad; el otro era de aspecto más humilde, algo asi como ayudante de órdenes del primero.

A las primeras palabras de la conversación comprendí que se trataba de una venta: el tio de las alhajas examinaba las camas y las mesillas de noche con algún detenimiento, e iba señalando a su ayu-

dante las que por lo visto le cautivaban:

—Esta.

Y el ayudante, para separarlas sin duda, las separaba un poco de la pared, dejándolas ladeadas.

A mí aquello me producía una repugnancia invencible: me parecía estar en un mercado de esclavos, que van cambiando de amo con sólo un gesto que equivale a la oferta de unas monedas. Mientras la civilización moderna, preocupándose más de la suerte de los pobrecitos muebles, no acabe con estos espectáculos, no podrá merecer el nombre de tal civilización.

—¿Cuántas venden ustedes?—preguntó el tío del sombrero hasta las orejas.

—Camas completas, cinco; y lue-

go tres o cuatro sommiers sueltos.

El sujeto continuó la inspección: había recorrido ya un lado entero y llegó hasta mí. Me miró con simpatía y hasta con un poco de cariño; pero antes de que pudiera dar la consabida orden a su ayudante para que me incluyera en el lote, la madre Teresa, que le adivinó la intención, le dijo:

—No, éste no se vende.

—¿Por qué?

—Pues... porque lo hemos comprado hace poco.

—Entonces... me parece que no vamos a hacer nada.

Vino una escena que a mí me revolvió el estómago al par que me llenaba de orgullo. Las madres y el comprador se disputaban mi propiedad como quien discute la paterni-

dad de un hijo; y en trance tan decisivo, a ninguno de los combatientes se le ocurrió lo que hubiera sido lógico, equitativo y humano: consultar mi opinión, para ver con cuál de las dos partes quería yo quedarme.

No necesitaré decir que triunfó el mercader: fué cuestión de unos duros más, y al cabo de media hora me encontré metido en un carro con siete compañeros más, cinco camas y tres mesillas de noche. Sobre la pena sincera que me producía marcharme del colegio predominaba en mí el júbilo por ver mundo y correr nuevas aventuras.

Indudablemente, yo era un sommier bohemio y algo trashumante.

Aquella tarde quedé instalado en un almacén de muebles de la calle

de Silva, cerca de la puerta de la calle, entrando a la izquierda.

* * *

Estaba de Dios que mi destino había de ser errante. De haber tenido voz, habría podido cantar el *Vagabundo* de *Alma de Dios* mucho mejor que algunos tenores de zarzuela.

Porque a la mañana siguiente, en el preciso momento en que el tío de las alhajas—dueño del almacén en que yo había caido—me limpiaba el polvo con unos zorros, penetraron en la tienda dos mujeres, vieja y humildemente vestida una de ellas, espléndida y frescachona la otra, como la Venus de Médicis si hubiera engordado unos kilos.

En la entrada que hizo se vió que

era parroquiana y de las buenas; a mi amo se le cayeron los zorros al verla, y acudió solícito como si lo hubieran llamado para proponerle una ganga.

—Felices, señá Ursula. Tanto bueno por esta la suya.

—Hola, Damián... Pues aquí, ya ve usted: que quiero comprar algunas frioleras y...

—Toda la tienda es de usted.

Aunque me molestó que indirectamente nos hubiera llamado frioleras a mí y a mis compañeros, yo miraba a aquella mujer cada vez más encandilado. ¡Era una hembra de una vez! Vestía de obscuro, con falda muy corta, que dejaba ver unos tobillos de salchichería, y ciñendo el busto con un pañuelo de crespón que, recogiéndose cauto so-

bre los riñones, dejaba ver el más espléndido redondel femenino que hayan visto y palpado los siglos. Además, debía estar ardiendo, porque no cesaba de abanicarse vertiginosamente.

¿Por qué no querría mi buena estrella que entre las varias frioleras que pensaba comprar me metiese a mi y pudiese yo por las noches ver y acariciar aquel cuerpo en todo su esplendor?

Pero antes de entrar en materia, el mueblista hizo varias preguntas:

—¿Qué tal resultado da el sommier que se llevó usted el otro día?

—¿Cuál? ¿El de la cama chica?

—Sí.

—¡Ah, bien!... Pero es un poco flojo: ya sabe usted que en casa esos trastos trabajan mucho.

¡Demonio! ¿Por qué?... No lo comprendí al principio.

—Le gustó a usted el *bidet* gótico-ojival que le mandé el lunes?

—Mucho: pero necesito llevarme dos más. Como ahora le ha dado a todo el mundo por usar ese chisme...

—Están muy de moda. Yo vendí ayer dos al señor cura párroco de San Marcial.

—Ya ve usted, mi casa fué la primera en que los hubo en Madrid. ¡Y pensar que entonces había quien se armaba un lío y los utilizaba como bacía para afeitarse!...

En espíritu hice un saludo reverente a aquella mujer, que había sido en la capital de España el Cristóbal Colón de los *bidets*. Pero una cosa me preocupaba: ¿para qué que-

rría aquella dama en su casa tantos ejemplares del simpático trasto? ¿Tan dilatada era su familia? ¿O es que los usaban en la mesa como lavafrutas?

La noble dama fijó en mí el igneo carbón de sus ojazos.

—Yo necesito uno de éstos.

—Pues ahí lo tiene usted. Y nuevecito.

—¿Qué precio tiene?

—Ya sabe que usted y yo nunca hemos reñido por el precio.

—Me gusta porque es grande. A la gente le apetece la cama ancha, para poder revolcarse bien.

—Pues lo que es aquí se pueden celebrar hasta carreras de bicicletas.

Se hizo el trato, y yo fuí llevado a pulso por la vieja que acompaña-

ba a mi nueva ama y por otra mujer de aspecto servil, a un piso principal de la misma calle de Silva, ya cerca de Santo Domingo.

Me introdujeron en una habitación lujosa, que tenía un balcón a la calle; una sillería de tela verde, una *chaise-longue* roja, un armario de luna y un lavabo gigantesco con piedra de mármol negro, parecían no estar puestos allí más que para acompañar la belleza y majestad de la cama, verdadero monumento de caoba; un dosel de encaje color rosa la cobijaba bajo sus espumas, y a un lado y a otro, como guardia de honor, la flanqueaban dos mesillas de noche.

En la pared más próxima al lecho, y a todo el largo de éste, había un espejo apaisado. A los pies, *del*

salón en el ángulo obscuro, veíase el *bidet* gótico-ojival de que el mueblista le había hablado a mi dueña.

Me aposentaron en el lecho como un herido: cubrieron mis desnudeces con una fina manta, y sobre ella extendieron la caricia voluptuosa de un colchón de plumas; sábanas de Holanda, o por lo menos de Bélgica, un cubrecama de seda china, un edredón y dos almohadas de miraguano sirvieron de adorno a mi humilde persona, engalanada como una novia que va al altar.

Yo esperaba que mi ama llegase, se despojase de sus vestidos, y se dejase caer sobre mí. No ocurrió nada de eso: vino, sí, pero sólo para ver si mi colocación y el adorno subsiguiente habían quedado a su

gusto. Debió ser así, porque, aprobándolo todo, cerró los balcones, encendió una tirita de papel de Armenia, y salió, cerrando la puerta por fuera.

Todo esto ocurría en las últimas horas de la mañana; desde las primeras de la tarde ya empecé a recibir unas visitas algo extrañas. Entraban en la habitación una mujer y un hombre: ella unas veces venía con una bata o con una *toilette* de dentro de casa, y otras venía con traje de calle y sombrero o velito. Lo primero que hacían al verse solos era darse un beso, después se desnudaban, se metían en la cama y empezaban unos esfuerzos y unos movimientos como si estuvieran amasando pan o haciendo un baúl. Al cabo se oían unos sus-

piros, y a ellos seguía un período de calma.

Generalmente, aquí acababa la cosa; la pareja se levantaba, dedicábase unos momentos al aseo, y él, después de sacar unas monedas y dejarlas como distraído encima de la mesa de noche, se despedía, no sin preguntar antes:

—Oye: ¿tú cómo te llamas?

—Estrella... Nati... Adelfa...

Ninguna de aquellas mujeres tenía un nombre vulgar.

—Bueno, y cuando yo quiera verte, ¿qué hago?

—Pues vienes aquí... Y si quieres ir mejor a mi casa, yo vivo en tal parte. Llegas y preguntas por la *Pescao frito*.

—¿Y quién es esa?

—Una servidora.

—¿Pues no me has dicho que te llamas María Antonieta?

—Sí, pero en mi casa me conocen por ese apodo.

—¡Bueno!

—¿Irás?

—Un día de estos.

Este diálogo—*mutatis mutandis*—no faltaba nunca.

A veces, la cosa no acababa tan pronto, y el hombre, tras del primer asalto, repetía con redoblado valor; los había que hasta trisaban la canción, como los tenores en noche de éxito. Pero ello era rarísimo: la mayoría, después del primer arranque..., se dormían.

¿Dónde me había yo metido? No acertaba a comprenderlo. Veía, sí, una diferencia radical entre mi vida de ahora y la que había llevado en

el colegio: en una y otra casa se hacían cosas parecidas; pero en el colegio se hacían con más estrépito y escándalo, como en la noche de marras.

En esta tarde, la primera pareja que me visitó la formaban una rubia apetitosa que, a juzgar por la indumentaria, debía habitar en la casa, y un pollito muy peripuesto. Debían ser amigos antiguos, porque ella, mientras se desnudaba, le dijo:

—Chico, no sabía que fueras tan cabrón.

—¿Qué dices?

—Que ya sé que le has dicho a la Teresita que me huele el aliento.

La hora larga que estuvieron encerrados no hicieron otra cosa más que pelearse. Sólo al final y como

si cayesen en la cuenta de que allí habían entrado para algo más, se enzarzaron muy de prisa en la consabida faena, aunque sin dejar de insultarse en lo que la ejecutaban. Muy divertido.

Entró después una vieja, muy compuesta, muy perfumada, que, vista a distancia, ofrecía una espléndida figura; pero que apenas empezó a despojarse de velos y adornos, quedó convertida en algo así como una sombrilla sin tela. El hombre que la acompañaba, un cuarentón, despreocupado, debía ser uno de estos filósofos que conceden a cada cosa el valor justo que debe tener, pues siguen a la mujer por la calle sin fijarse más que en que lleva faldas, y que cuando se trata del festín de la carne, lo mismo les

da introducir el periscopio en el orificio de un tonel que en el bosquecillo de Cleopatra. Ni una sola vez miró a la cara a su cortejo; hizo bien, porque si la mira se desmaya.

Hasta cinco parejitas me visitaron en toda la tarde y en las horas primeras de la noche; la que más llamó mi atención, y desde luego la que más me distrajo, fué la última. La formaban una jovencita, casi una niña, y un señor que, sin ser un viejo, había hecho la primera comunión hacía ya un rato. Ella fué muy clara desde el principio:

—Ya sabrás que yo no hago más que jugar.

—Yo también soy bastante juguetón, aunque me esté mal el decirlo.

—No, no, hablo en serio; porque luego los hombres os entusiasmáis y queréis pasar a mayores.

—Por mí no pases cuidado. Pero, dime, ¿tú juegas... a todos los juegos?—El señor hizo un gesto como si se limpiara la boca después de comer.

Ella creyóse en el caso de bajar los ojos; después bajó la voz:

—Si no se lo dices a nadie... No lo hago más que con mis amiguitos; pero... si tú quieres... Ahora, que te cuesta diez duritos.

—Bueno, hija, lo que quieras; la cuestión es que no se salga el trolley.

* * *

Yo acababa rendido a cada jornada; hubo un día en que las parejas

fueron doce, y al llegar a la última yo me doblaba como un aro.

En cambio, por las noches solían dejarme en paz, y sólo alguna, muy rara, una pareja la pasaba íntegra haciéndome compañía hasta las doce o la una del día siguiente. En este caso yo empalmaba las dos jornadas, porque a las cuatro de la tarde ya empezaba la recepción. ¡Y aún hablan los albañiles de la jornada de ocho horas!

Una noche, a eso de las diez, ocurrió una cosa que me dejó un poco perplejo: abrióse la puerta de mi habitación y penetró una de las mujeres que debían vivir en la casa; morena ella, buen tipo, con abundancia de pelos en cara y patillas. Yo esperaba ver entrar detrás al hombre de rigor; pero cuál no sería

mi estupor al ver que penetraba, con los ojos muy encendidos y los labios muy húmedos, otra dama, delgada y con tipo masculino, pero dama al fin, que, aun antes de que la puerta estuviera del todo cerrada, cayó sobre su amiga como si no hubiera cenado y se dedicase a la antropofagia.

Y lo estupendo del caso fué que aquellas dos palomas hicieron encima de mí exactamente lo mismo que hacían de ordinario las parejas de hombre y mujer que con tanta frecuencia venían a honrarme con su visita. Lo mismo, pero con una diferencia: que sus ayes y suspiros en el momento crítico eran más apasionados, y parecían revestidos de una mayor sinceridad.

Pero para caso desconcertante, el

que me acaeció pocos días después, entre dos luces; en una de las visitas noté yo que entraba en la estancia más gente que de ordinario, y, en efecto, no era una, sino dos parejas las que venían a rendirme los honores. La dama de una de ellas era la rubia que me estrenó la primera tarde, y la otra, una jamona de pechuga armada en corso y cara picaresca, que era un vermú con bitter; los caballeros respectivos eran: un hombretón fornido, muy moreno, y un jovencito afeitado que al andar parecía mecerse en un columpio imaginario, y al hablar parecía salirle la voz del estómago de una rana. Tan feble y apaisada era.

—¿Cómo se las van a arreglar?— pensaba yo—. Yo soy ancho, pero si se dejan caer los cuatro sobre

mi me van a hacer pasar un mal rato.

Oía palabras sueltas, no sé qué de *ménage à quatre* y de camas redondas, cosa esta última que no acertaba a explicarme, pues en la estancia no había más cama que la mia, y cuadrada y bien cuadrada era.

De lo del peso cuádruple me libré, porque una de las parejas se acomodó en la *chaise-longue*, y fué la otra la que vino a pedirme que le prestara mi sostén. Sólo que... yo no espero ver nada más raro por muy dilatados que sean los días de mi existencia en este bajo suelo. Cambiadas unas sonrisitas de comprensión y casi de perdón entre los cuatro, las dos mujeres se subieron solas a la cama, y los dos hombres

se acomodaron, imitándolas, en la *chaise longue*.

Allí debía haber un error. Yo sentía ganas de gritárselo a los dos galanes:

—¡Caballeros! Que se han equivocado ustedes... Que no es por ahí.

Pero me callé y dejé obrar a las fuerzas ocultas del destino. Lo que parece mentira es que, tratándose de lo que se trata, y en momentos tan solemnes, haya quien sufra tamañas equivocaciones.

El cielo mé reservaba sorpresas mayores y me guardaba para más altos destinos. Una noche, mediada ya la una, y cuando yo creí que me dejarían en paz, sentí una gran bulla y algazara en los pasillos de la casa.

El día había sido de los de prue-

ba; yo—que me rendía muy pocas veces—estaba a punto de entregarme. Yo oía, dominándolas a todas, la voz fuerte y frescachona de mi ama, que decía entre risotadas:

—Bueno, bueno, lo que queráis. Pero sedme formales, ¿eh? Que lo uno no quita a lo otro.

—¡Viva doña Úrsula!—resonó por toda la casa.

Y la vitoreada, después de agradecer el homenaje, dijo:

—Entraremos aquí a la alcoba verde, que es la más grande.

La alcoba verde era la mía. Se abrió la puerta casi de un empujón, y una horda famélica penetró en la estancia; al principio no pude contar los que eran; vi que eran muchos y quedé aterrado.

Se veía bien claro que aquella

gente venía en son de pelea; rápidamente, como quien tiene prisa por arrojarse al mar, salvándose de un naufragio, empezaron ellas y ellos a desnudarse.

Una voz unánime salió del concurso:

—¡Úrsula también! ¡Que se desnude!

La dueña de la casa empezó con remilgos y monerías:

—¡Ay, por Dios! ¡No seáis malos! Si yo ya no estoy para esos trotes...

Pero uno de los machos, que parecía el más chulo de todos y el que llevaba la batuta de todo aquello, se dirigió versallesco a la dama:

—Tú te desnudas ahora mismo, o te desnudamos entre todos por riñones.

Y sin dar tiempo a que la jamona se decidiera por uno de los términos del dilema, cayeron sobre ella todos los tíos, y, tumbándola en el suelo, uno le quitaba una media, otro la despojaba de la bata, el de más allá la libertaba del corsé y el de acullá le arrancaba a tirones el sujeta-pechos.

Fué una escena digna de un cuadro de Alberto Durero, cuya copia habia yo visto en la casa de muebles de la calle de Silva. Doña Úrsula se reía a carcajada limpia; pero al mismo tiempo, en la contracción de la cara y de las manos, se veia que aquellos bárbaros la estaban haciendo daño... Ahora que... puede que aquello le gustase.

Sólo la dejaron cuando ya no tuvo sobre su cuerpo ni un ropaje del ta-

maño de un papel de fumar. Yo, desde mi escondite, contemplaba aquellas carnes que había adivinado bajo la falda y el mantón la mañana de mi compra. Realmente la tía era de una esplendidez que mareaba; aunque gorda, sus carnes eran firmes y apretadas, sin esa fofez gelatinosa de la mayoría de las obesas, que hace semejar sus curvas a unos flanes a punto de deshacerse. Y todo aquel monumento de lujurias, coronado por la cimera de un espléndido peinado de moño enhiesto, negro y reluciente.

Todos ya, ellos y ellas, estaban en el mismo traje con que Eva y Adán se paseaban por el Paraiso terrenal los días de gala; las ropas de todos formaban una montaña en un rincón de la estancia, que parecía

el mostrador de una casa de empeños en noche de sábado.

Entre las mujeres había una pequeña, casi una niña, con el pelo recortado y con un aire de estupor en el rostro que la hacía asistir a todo aquello con verdadero terror. Era la primera vez que la veía, y, desde luego, no era huésped ni parroquiana de la casa.

Mientras aquellos sujetos procedían a desnudar de modo tan gentil a doña Úrsula, la pequeña se acercó al oído de una de sus compañeras—la rubia a quien también conoce el lector—, y le habló en voz baja. La otra le contestó con desabrimiento:

—¡Serás mema! Pues aguanta lo que puedas, que después de todo no nos van a matar,.. Y si nos matan,

paciencia. Haber tomado otro oficio. ¡Vaya con la mocosa!

La función iba a comenzar. Alguien pronunció unas palabras, cuyo significado yo ignoraba: no sé qué de unos cuadros vivos. Me pasaba con esto lo que con aquello otro de *cama redonda*.

El pollo chulo, director de todo aquello, empezó a dar órdenes:

Tú, Natalia, súbete a la cama y ponte boca abajo, y encogida como si fueras a darte una voltereta.

La chica, una morena lánguida y soñadora, obedeció como si en ello le fuera la vida. Yo sentí sobre mí la dulce impresión de un cuerpo ligero y alado.

—Ahora tú, Inesita: encima de Natalia, como pudiera hacerlo un perro amaestrado... Muy bien... A

ver esta chica... ¿Cómo te llamas tú?

La pregunta iba dirigida a la menor, de rostro angustiado, la cual, poniéndose muy colorada y bajando los ojos, contestó:

—¿Yo?... Sinfo...

—¡Uy, Jesús!... Pues anda, hija, súbete encima de esas dos; y cuidado con caerse—le dijo el pollo, remedando cómicamente la voz y los ademanes de la muchacha.

La criatura no acertaba: al intentar encaramarse en lo alto de sus compañeras, los pies se la hundían en la blandura del colchón.

—¡Vamos, asaúra!... Oye, Úrsula, ¿de dónde has sacado esta lamprea?

—¡Qué sé yo! Sí que te la pisas, hija mía.

Al fin, medio ayudada a empujo-

nes por todos, y entre risotadas y pellizcos, la pobre Sinfo quedó colocada en lo alto de la montaña de carne. Cuando se vió arriba estaba a punto de echarse a llorar.

—Señores, atención: primer cuadro: monumento a Hernán Cortés en Méjico.

Dió un salto el muy ganso, trepó hasta la cama y quedó montado a horcajadas sobre las débiles espaldas de la Sinfo, y en lo alto de toda aquella montaña de carne. Era demasiado peso, pero lo aguanté con resignación; el montón se vino abajo con estrépito, mientras los demás aullaban y aplaudían. En el desplome hasta el suelo le tocó a la pequeña caer debajo de todas: con el peso se dobló una mano, y llorando, sin que nadie la hiciera caso,

fué a refugiarse en un rincón, frotándose el miembro dañado.

—Bueno: vamos a hacer ahora una cosa que yo he inventado, y que se llama *Una mujer bien aprovechada.* Y esa mujer vas a ser tú, Úrsula.

La jamona no se atrevió a protestar, pues vió que aquellos bárbaros estaban decididos a todo.

Yo no sabré decir lo que allí pasó después: la dueña de la casa se dejó caer sobre mí panza arriba, y los demás, hombres y mujeres, sabiamente instalados por el director de escena, quedaron de tal modo colocados, en grupos artísticos *muy ballet russe,* que no había cavidad ni orificio del cuerpo de mi ama que no resultase ocupado por alguien, hombre o mujer. Al mismo tiempo, y

en justa reciprocidad, todos ellos resultaban ampliamente satisfechos en sus justas aspiraciones por las sabias caricias de doña Úrsula.

Del grupo—digno de un museo—habían quedado excluídas, por falta de sitio, dos personas: la Sinfo y el más viejo de los varones, un señor calvo y con una pierna de palo que, al quedar completamente desnudo, apareció con la pata artificial sujeta por unas correas al muslo y a la cintura.

Este sujeto, que desde el principio de la velada miraba a la Sinfo con ojos codiciosos, al verla ahora sola en un rincón, fué a ella, y, sin dejar quietas las manos, empezó a hacerla unas proposiciones que la chica rechazaba, más que indignada, asqueada.

—No, eso no... No lo he hecho nunca... Además, no sé cómo se hace.

—Razón de más para que aprendas. Alguna vez tiene que ser la primera.

Ella seguía negándose, y él, con la rabia del deseo insatisfecho, pensó en una venganza diabólica.

—¿No quieres?... Pues ahora verás...

Levantó la voz, y dirigiéndose al grupo, le dijo:

— Bueno, eso que están ustedes haciendo es muy bonito; pero ¿no les parece que podríamos repetir el cuadro poniendo en lugar de Úrsula a esta mocosa? Así aprenderá de un golpe muchas cosas que ahora ignora y que le van a hacer mucha falta en la vida.

Fué un clamor de júbilo y de aprobación.

—¡Bravo! ¡Muy bien!... ¡Eres genial, Timoteo!

Se deshizo el grupo para reconstruirlo inmediatamente sobre el cuerpo de la niña. Hubo que llevarla al lecho a la fuerza, pues la chica se defendía a patadas, mordiscos y puñetazos. La que más ayudó fué la propia doña Úrsula, que ya estaba hasta más arriba del moño de las negativas de la criatura. La propinó un par de bofetadas, y ella fué la que le dió el empujón definitivo para que cayese en la cama.

Yo ya no podía más. Yo, a pesar de mi oficio, que ciertamente no escogí al nacer, era un mueble honrado que estaba harto de las porquerías que veía a diario en aquella

casa. ¡Ah, si naciera uno dos veces!...

Quise expresar mi protesta de la única manera que a mí me era dable exteriorizarla. Esperé a que todos estuvieran colocados para el cuadro infame, me acordé de Sansón en el templo, rodeado de los filisteos, hice un esfuerzo gigante y... ¡plan! abrí mis muelles de alambre en siete u ocho boquetes, y toda aquella gentuza vino a tierra con estrépito, como un montón de basura que se derrumba.

Tuve que suicidarme; pero *un bel morir*... etc.

Yo quedé hecho cisco; pero la mayoría de aquellos tíos y tías tuvieron que salir de allí para la Casa de Socorro.

* * *

Doña Úrsula estaba indignada conmigo: aquella noche los parroquianos, repuestos del susto, se le habían quejado muy seriamente.

—¡No hay derecho, Úrsula! Hay que tener unos muebles algo más resistentes.

Y la tía, mirándome con rabia, decía que yo era la deshonra de su casa.

Yo tenía, sin embargo, la recia satisfacción del deber cumplido; como lo que había en mí de más cuerpo—la madera—estaba intacto, y sólo había perdido un poco de barniz, yo sentía que mi muerte no era definitiva y que aún podría vivir días tranquilos y felices en el seno de una familia honrada.

Al día siguiente, por cuatro cuartos, casi de balde, volví a poder de

mi antiguo amo, el mueblista de la calle de Silva, el cual, de lo primero que se preocupó fué de mandarme poner una nueva tela metálica, con la cùal quedé flamante, lustroso, como si acabase de salir del vientre de mi madre.

Pasé en la tienda mes y medio sin que nadie se acordara de mí; fué una temporada de reposo absoluto que me estaba haciendo mucha falta, y que yo agradecí y aproveché para recoger mi espíritu.

Al cabo de ella un señor viejecito y muy pulcro me compró, en unión de otra partida de muebles, al precio que mi amo quiso señalar, y sin regatear ni un segundo.

La casa en que quedé instalado tenía un aspecto de honradez y de tranquilidad que a mí me encantó

desde el primer momento. Estaba puesta—al menos la habitación que a mí me destinaron—con lujo, pero sin alardes, con ese lujo que atiende más a la comodidad que al orientalismo.

La primera noche que pasé allí nadie acudió a molestarme; ello me chocó sobremanera, porque, además, en toda la casa no se oía ni el menor ruido que turbase el silencio de isla desierta.

A la tarde del segundo día se abrió la puerta, separóse la cortina que la velaba, y entró una mujer morena y guapa. Fijéme en ella, y estuve a punto de caerme al suelo. Porque la dama que acababa de entrar allí, muy perfumada, envuelta en una bata grana y con unos pendientes gigantescos de brillantes,

¡era Pepita!, la hija de Ramona, mi primitiva dueña de la calle de los Estudios.

Quise hablarla, llamar su atención, decirle que era yo, yo mismo, que, por azares de la vida, volvía a estar bajo su poder, después de haber corrido el mundo un rato largo. Pero es una lástima que los muebles no estemos dotados del uso de la palabra: ¡podríamos decir con ella tantas cosas bellas!

Porque claro es que yo no tenía la esperanza de que Pepita se fijara en mí; aunque lo hubiera hecho no me habría reconocido. Yo sí me fijé bien en ella; estaba un poco más gorda, más mujer y, por de contado, más guapa. Además, tenía ese aire más sosegado y sereno de la mujer que ha pasado el Rubicón.

Aquella tarde, y todas las siguientes, a la misma hora, con puntualidad de viejo empleado, venía a visitarla el viejecito que había ido a la tienda a comprarme a mí y a mis compañeros. La trataba con un afecto en el que habia mucho de paternal, aunque de cuando en cuando mezclaba dos o tres caricias babosas, que ella devolvía un poco mecánicamente.

Por sus conversaciones me fuí enterando de muchas cosas: la señá Ramona había muerto, la tienda de la calle de los Estudios había desaparecido, y Pepita se encontró de pronto sola en el mundo y dueña de un capitalito que la vieja había ido reuniendo poco a poco en cuarenta años de mostrador.

Y como a la muchacha le pedía el

cuerpo bulla desde pequeña, ocurrió que, después de haber coqueteado con todo el Instituto de San Isidro y con toda la Escuela de Arquitectura, vino a caer con un mocito del barrio, hijo de un tabernero de la calle de Juanelo, el cual, después de haberle quitado lo que las mujeres sólo tienen una vez en la vida, se le comió todos los cuartos y la dejó sin más ropa que la puesta.

Así estaba cuando la conoció el viejecito que ahora iba a verla todas las tardes. Había tenido suerte, se había librado del hambre, y vivía con bastante holgura. *Además,* el amante, no a diario, porque eso hubiera sido mucho pedir, pero sí a turno impar, hacía su numerito extraordinario: lleno de fervorosa ad-

miración hacia su querida, se arrodillaba ante ella, ésta se extendía perezosa en la *chaise-longue,* y durante un cuarto de hora ponía los ojos en blanco y daba unos suspiritos entrecortados, pensando sin duda en alguno de aquellos estudiantes que antaño le cortejaban la calle, y que, de seguro, llegado el momento, hubieran hecho algo más que postrarse de hinojos ante su sexo.

La mujer es un arcano; de no serlo, ¿cómo es posible que Pepita, en la flor de su edad, se contentase con tan poco? ¡Ella, tan ardiente y tropical que cuando tenía que planchar la ropa se arrimaba las planchas a cierta parte de su cuerpo y con ello se ponían casi al rojo vivo!...

A mí lo que más me molestaba de todo ello es que yo parecía estar en aquella casa como mueble de adorno. Cerca de tres meses llevaba en ella y aún no me habían estrenado; mi amor propio padecía lo indecible, porque yo nunca me hubiera resignado a ser un trasto decorativo, como una consola, una rinconera o una mesa de despacho en casa de un torero. De noche nadie se acordaba de mí, pues Pepita, según me pude enterar, dormía en una alcoba más modesta que había al otro lado de la casa; y por las tardes, durante las visitas del viejo, éste, lo poquito que hacía lo hacía siempre en la *chaise-longue*.

El abandono y la soledad me hacían concebir ideas de muerte. ¿Para qué vivir, si la vida no tenía

para uno objeto ni contenido? En mi desesperación — que era a la vez desesperación y arrepentimiento, como vocean en la Puerta del Sol— llegaba a encontrar apetitosa hasta mi existencia anterior en casa de doña Úrsula, con todas sus miserias y bajezas. Todo lo hubiera soportado antes que este tedio que ahora me invadía a todas horas.

Una noche, cuando menos lo esperaba, tuvieron fin mis cuitas. Mi ama penetró en la estancia, y no venía sola, sino acompañada por un jovenzuelo, mitad señorito y mitad chulo, que tenía una cara de sinvergüenza que pasmaba.

Antes, había yo notado a Pepita inquieta, la había visto asomarse dos veces al balcón de la alcoba, luego había oído abrir la puerta

del piso, procurando no hacer ruido, y había escuchado por fin unos cuchicheos misteriosos en el pasillo.

Solos los dos, y cerrada por dentro la puerta de mi estancia, Pepita se colgó al cuello del galán y empezó a llorar amargamente. Hubo reproches, disculpas de él, ofrecimientos de amor eterno, promesas de ella de que al pollo nada le faltaría mientras no la abandonase... Total: que yo saqué en claro que aquél era el de la calle de Juanelo, que entraba de noche y como un ladrón en una casa que no era la suya a ultrajar las canas de un anciano.

Quiso ella rendirle una fineza para celebrar la reconciliación, y señalando a la suntuosa cama donde yo vivía, le dijo:

—Anda, vamos allí, tú la estrenas.

—¡Vamos, niña! ¡A mí coba, no! Me querrás hacer creer que nadie se ha acostado ahí...

—¡Nadie! Te lo juro por... la gloria de mi madre.—Y, bajando los ojos, añadió:—El viejo, cuando viene, lo hace todo en la *chaise-longue.*

—¡Vaya un lila!

Los dos cuerpos se dejaron caer sobre mí, y yo respiré satisfecho. ¡Ya era hora! Me entró esa alegría nerviosa que invade a un cesante cuando lee su reposición en la *Gaceta*.

¡Las diabluras que hicieron el par de tórtolos aquella noche! Ella quiso agotar el repertorio, y pulsó una tras otra todas las cuerdas de la lira del amor. Él, que era un tran-

quilo que todo lo hacía a fuerza de coba, no hacía más que pedir ampliaciones al programa:

—No lo dejes aún... Más abajo... Insiste en el cerebelo.

Y ella obedecía como amaestrada a la voz.

Fué una noche de locuras y de salvajismos; de todas esas atrocidades impetuosas que son capaces de hacer dos cuerpos jóvenes que se han deseado largo tiempo. A la mañana siguiente, a él, después de haberle servido el desayuno en la cama, tuvieron que alzarlo de ella con una palanca.

El festival se repetía todas las noches con un ceremonial parecido. A la tercera ya hicieron su aparición los palos, que parecen ser el contrapunto obligado de esta clase de

amores. El chico tenía unas manos que parecían ventiladores, y ella, cuando harta de bofetadas y puntapiés rompía a llorar como un nene, le pedía a él que la... maternizara en aquel momento, pues era cuando más le apetecía.

Y ahora, por las tardes, durante la visita del viejo, siempre que éste iniciaba una de sus caricias subterráneas, ella se fingía enferma, decía no apetecerle hoy más que mucho reposo, y el buen anciano, recordando el verso del *Tenorio*—«*anciano, la lengua ten...*»—recobraba la paz y seguía la conversación... Antes, en cambio, era ella la que se encargaba de recordar a su protector el cumplimiento de sus deberes de pocero.

Una noche, ¡qué extraño!, el de la

calle de Juanelo llegó más temprano y se marchó en seguida. Para que lo hiciera, Pepita le dijo unas palabras al oído y le puso un billete de diez duros en la mano.

Ella salió al teatro, acompañada de su dama de honor, señora de compañía o alcahueta de órdenes—como se quiera llamar a esa clase de mujeres que acompañan siempre a los entretenidas—, especie de foxterrier que el anciano había puesto al lado de su querida, y que, cuando se trataba de adornarle la frente al buen señor, ponía siempre una cantidad de celo en armonía con la de las propinas.

Cercanas las tres de la madrugada tornaron las dos mujeres y otro sujeto que yo, por no fijarme bien, creí que sería el de la calle de Jua-

nelo. La conversación, sin embargo, era más ceremoniosa y fría; cuando se metieron en la cama yo estuve a punto de exhalar un grito de dolor. La carga era mucho mayor que la acostumbrada, y como no podía admitirse que Pepita en un día hubiese engordado varios kilos, deduje que su acompañante no era el de todas las noches.

Y, en efecto, no lo era; una vez más mi perspicacia no me había engañado. Se trataba de un ballenato gordo y sudoroso que pasó todo el rato dando resoplidos y que en los momentos de emoción culminante se ponía a emitir unos gruñidos como los que pudieran salir de las coyunturas de una prensa de aceite sin engrasar. Menos mal que se marchó a las cinco de la mañana. Al despe-

dirse dejó encima de la mesa de noche unos billetes chicos.

Como en casa de doña Úrsula.

* * *

Y una tarde sobrevino la catástrofe.

El viejo llevaba unos días quejándose de ahogos y de que se fatigaba muchísimo al subir las escaleras. Hoy sus quejas eran mayores, y su fatiga llegó a ser alarmante. Pepita, en un inconsciente acceso de egoísmo, le dijo malhumorada:

—Cuando estás así, ¿por qué no te quedas en casa? Después de todo, para lo que vienes a hacer aquí...

Él la miró con profunda tristeza pero no dijo nada. ¿Para qué? ¿Qué

culpa tienen las mujeres de ser así?

Comprendió ella la atrocidad que había soltado, y quiso enmendarla.

—Quiero decir que no debieras molestarte por mí...

Pero ya no tenía remedio; lo otro había sido más sincero. Y como si aquello fuese la puntilla que al buen viejo le estaba haciendo falta, empezó a decir entre balbuceos:

—Tienes razón, Pepita, tienes razón...

Y se cayó redondo al suelo como un pajarito.

Se armó el revuelo consiguiente. Acudió la señora de compañía, acudieron las criadas y la portera, y, entre todas, le trasladaron a la cama.

¡Caray! No contaba yo con esto.

Pesar, pesaba poco el buen señor; pero un muerto, cuando se tiene que mantener sobre las costillas, pesa más que medio mundo.

Vino el médico de la Casa de Socorro y habló muy claro:

—No está muerto aún, pero está muy malito. No dura ni una hora.

Y a una pregunta de Pepita, respondió:

—¡Ca! Imposible, señora; no se le puede trasladar a ninguna parte.

Acaso no habían pasado ni cuarenta minutos, cuando el hombre entregó su alma a Dios. ¡Qué extraña cosa la que pasó por mí cuando pude convencerme de que lo que tenía encima no era más que un fiambre! La verdad es que la situación se la regalo a cualquiera.

Mis compañeros los otros som-

miers que no han pasado por eso, no pueden imaginarse la sensación de frío que se experimenta. Es algo que nunca se puede olvidar, que le acompaña a uno como recuerdo en los momentos culminantes de su vida.

Quería mi destino que durante ella probara yo de todo: honradeces, porquerías, adulterios, muertes. No me faltaba más que un nacimiento; una mujer que, tumbada sobre mí, diese vida a un nuevo ser. El Cielo quiso negarme ese encanto, que hubiera sido una dulce compensación al ratito que ahora estaba pasando.

Lo del viejo se arregló como se pudo, a fuerza de invenciones y de mentiras. ¡Quién le había de decir al buen señor que él, que no quiso nunca disfrutar de mis delicias

cuando estaba bueno y sano, había de acabar en mí sus días!

Debió ser que Pepita me tomó asco: lo cierto fué que a los pocos días me vendió, con la cama y sus ropas, a un industrial de la Cabecera del Rastro.

Cuando me llevaban allí torné a pasar por la calle de los Estudios; donde estuvo la tienda de la tía Ramona había ahora un *tupi* con honores de *tasca*.

Mi nuevo amo, creyendo sin duda que yo ya había corrido demasiado mundo, procedió a desarmarme: con mis alambres hizo una bonita colección de jaulas para grillos, y con la madera, después de haberla hecho seis pedazos, construyó unos bastones, a los que con todo cuidado y con tinta china, fué pintando unos

circulitos en la caña, más cercanos unos de otros a medida que se iban aproximando a la contera.

Y los vendía a buen precio diciendo que eran palasans.

Que en esto acaban las glorias humanas.

FIN



